

PROLOGO

Estoy parada frente a la puerta de mi departamento y, por primera vez en mi vida, entiendo que el amor puede pesar más que cualquier decisión. Del otro lado hay alguien que me ama. Lo sé por la forma en que entiende mis silencios, por la manera paciente en que espera que termine una frase antes de responder, por la tranquilidad con la que imagina un futuro donde yo estoy incluida. En mi teléfono, apoyado boca abajo sobre la mesa, vibra un mensaje. No necesito mirarlo para saber quién es. Sé que esa simple vibración también es amor. Diferente pero igual de verdadero.

A lo largo de nuestras vidas nos enseñaron o aprendimos desde una cuestión social, que el amor es una elección clara, casi segura. Que cuando aparece la persona correcta, el resto pierde intensidad, que el corazón reconoce y se aquieta. Asumimos que la exclusividad no es una construcción cultural sino una prueba moral. Nunca nos enseñaron qué hacer cuando eso no sucede. Nunca explicaron cómo se sobrevive al descubrimiento de que

una sola persona no alcanza para contener todas las versiones de uno mismo.

Con uno aprendí la calma, la sensación de hogar incluso en lugares desconocidos, la posibilidad concreta de construir algo que pudiera sostenerse en el tiempo. Con el otro apareció el vértigo, la expansión, esa energía que no promete estabilidad pero sí transformación. No era capricho. No era indecisión adolescente. No era un juego. Era amor, dos veces, con matices distintos y la misma densidad.

La moral necesita orden; el amor, no. La moral simplifica lo que el corazón complica. Nos obliga a elegir rápido, como si la velocidad hiciera más honesta la decisión. Pero elegir no siempre es comprender. A veces es separar una parte viva para encajar en la idea de lo correcto. ¿Es más honesto reprimir lo que sentimos que enfrentarlo? ¿Es más justo herir a uno con la verdad que traicionarse a uno mismo con el silencio? ¿Amar a dos personas es egoísmo o es admitir que somos más complejos de lo que nos prometieron?

Dicen que cuando amas de verdad, no dudas.
¿Pero qué pasa si amas de verdad a dos
personas? Esa fue mi falta.

No hubo mentira deliberada, ni deseo de
lastimar, ni voluntad de sostener un engaño
por comodidad. Hubo una grieta que se abrió
sin que yo la buscara, una conciencia
incómoda de que mi corazón no obedecía las
reglas que siempre defendí. Y cuando entendí
que estaba partida, ya no había forma de salir
ilesa.

Todavía no sé si voy a abrir la puerta o voy a
responder ese mensaje. No sé si amar así
estuvo mal o si fue la forma más honesta de
sentir que conocí. Solo sé que esa noche
comprendí algo que nadie me había advertido:
el amor puede no ser exclusivo.

Y quizás la verdadera pregunta no sea a quién
elijo, sino qué parte de mí estoy dispuesta a
defender para que el mundo acepte que lo
correcto no siempre es lo que nos enseñaron.

1.

Cuando queremos un cambio repentino en nuestras vidas, casi siempre elegimos lo inmediato: una sesión de peluquería, ir al cine solas, conocer un bar nuevo. Pero a mí me gustaba el cambio de raíz, ese que por dentro sabes que es una aventura completa. Ese que, al pensarlo —o incluso al no planearlo demasiado—, te llena de adrenalina.

Y así fue como decidí iniciar mi vida en una nueva ciudad.

¿Tenía que huir de algo o de alguien? No.
¿Tenía que esconderme o alejarme de algún amor viejo que no podía olvidar? Tampoco.

Simplemente buscaba un poco de vértigo.
Porque si hay algo que siempre me caracterizó —y que, aunque suene contradictorio, me gustaba— era esa ambigüedad entre la comodidad de lo estable y el descontrol elegante que traen los nuevos comienzos.

Así que no lo pensé demasiado. Simplemente lo hice.

Un día decidí que quería vivir una experiencia nueva, en otro lugar, con otro aire. Estaba sentada en la cocina, aburrida de la monotonía. Siempre el mismo trabajo, la misma ciudad, el mismo auto pasando por la avenida a las 7 a.m. Ya me sabía el ajetreo de la ciudad de memoria. Y necesitaba algo completamente nuevo. Algo que me obligara a romper lo que tenía para volver a construirlo desde cero.

Porque si hay algo que me pasa constantemente —y que ya es un patrón digno de análisis terapéutico— es que me gusta romper un círculo para crear uno nuevo desde cero. Demoler para rediseñar. Caer para reorganizar.

Me levanté un día sin mucha planificación, más allá de la rutina de siempre. Despeinada como estaba, fui directo a la cocina a prepararme un café mientras ordenaba la casa con una energía casi sospechosa. Porque así soy yo: hago muchas cosas a la vez solo para generarme esa falsa adrenalina que me hace sentir productiva.

Mientras la cafetera hacía su trabajo, yo ordenaba el living, barría y, al mismo tiempo, vaciaba todo el placar sobre la cama para evaluar qué me iba a poner ese día y hacerlo, aunque fuera mínimamente, diferente.

La cafetera sonó, avisando que el desayuno — o semi desayuno— ya estaba listo.

Caminé despacio hasta la cocina, agarré mi taza favorita y me serví el café recién hecho. Solo con dos cucharadas de azúcar, como siempre. Mientras sostenía la taza y daba pequeños sorbos, miraba toda la ropa desparramada en la cama.

¿Por qué? Porque siempre me vestía igual. Era mi forma silenciosa de sostener estabilidad. Pero esta vez quería que el día fuera distinto. Aunque esa diferencia estuviera marcada solo por la forma de vestirme.

Casi terminando el café, me decidí por un vestido azul —color que rara vez agregaba a mi vestimenta porque lo consideraba demasiado llamativo para mi estándar beige— y unas zapatillas cómodas.

Me peiné mirando un tutorial de YouTube que prometía un “look natural sin esfuerzo”.

Después de no sé cuántos intentos fallidos y de comprobar que el “sin esfuerzo” era una mentira mundialmente aceptada, desistí y terminé inventando un peinado propio. Me maquillé y elegí labios rojos, porque no hay nada que te dé más adrenalina que pintarte los labios de rojo. O al menos eso creía hasta ese momento.

Tomé el bolso —que ya tenía preparado desde el día anterior— y salí rumbo al trabajo.

El camino era igual: veinte cuadras separaban mi departamento de la oficina. Y en el horario en que salía, siempre pasaban las cosas exactamente como las recordaba.

Mi vecina Nelly sacaba a pasear al perro todos los días a las 8 a.m., con sus ruleros intactos y una dignidad que yo admiraba profundamente. Jorge, del puesto de diarios, abría siempre a la misma hora. Nunca más temprano. Nunca más tarde. Siempre me saludaba con un “Hola, Emi” y me invitaba a quedarme a tomar un café.

—Algún día voy a aceptar, Jorge —le decía—, pero hoy todavía estoy fingiendo que tengo una vida emocionante.

—Cuando la tengas, me contás —respondía él riéndose.

Los autos eran los mismos. Todos estacionados en el mismo lugar, con una sincronía casi matemática. Si uno faltaba, era digno de sospecha barrial.

El camino a la oficina estaba marcado por cuadras arboladas, avenidas y calles silenciosas. Intentaba variar el recorrido para sentir esa pequeña rebeldía que descontractura el día, pero llegó un punto en el que ya no tenía caminos alternativos. Solo podía rotar entre los mismos tres trayectos que conocía de memoria.

Los colectivos pasaban sincronizados en el mismo horario. Si había un retraso, era casi un evento extraordinario.

En fin... mi trabajo también era siempre el mismo. Mientras caminaba, solía imaginar que algo extraordinario me iba a encontrar en la puerta. ¿Y adivinen qué? Nunca pasaba.

El trabajo de oficina siempre es igual, más aún en un puesto de redacción como el mío, en una revista digital. Mi tarea diaria: elaborar artículos de interés general y debates. Eso sí se me daba bien. Siempre me gustó plantearme preguntas sin respuesta y dejar que mi mente corriera libre sobre el teclado, mezclando reflexión con un poco de delirio elegante.

Cuando llegué al edificio, pasé mi tarjeta como todos los días y saludé al personal de la entrada.

—¡Hola, Alicia! ¿Alguna novedad que me pueda interesar u hoy seguimos en modo repetición? —pregunté.

Alicia sonrió con esa expresión de “tengo información”.

—Emi... Alberto, del quinto piso, está metido en un lío terrible. Al parecer engañó a la esposa con Silvia. Y ahora todo el quinto está hablando de eso.

El quinto piso era marketing. Y Alberto... bueno, Alberto tenía más intentos de romance que campañas activas.

—Gracias, Ali. Información fundamental para empezar el día con perspectiva moral —dije riéndome mientras me dirigía al ascensor.

Mi lugar de trabajo era el tercer piso. El sector de redacción. No éramos pocos: alrededor de cuarenta personas. Pero yo ya tenía mi pequeño grupo establecido.

Dejé mis cosas en el escritorio y fui directo a la cocina a prepararme el segundo café del día. Porque uno es supervivencia, dos es estrategia.

—¡Emi! Buen día. ¿Te enteraste lo que pasó en el quinto? —me gritó Florencia desde su escritorio.

—Flor, la noticia llegó antes que yo. Ali casi no me dejó pasar la tarjeta del entusiasmo —respondí.

Francisco giró en su silla como si estuviera en una transmisión en vivo.

—Lo que daría por trabajar hoy en el quinto. Necesito el minuto a minuto.

—Fran, lo que necesitás es un hobby —dijo Lucía sin levantar la vista.

—Este es mi hobby —contestó él con total seriedad.

Las risas no tardaron.

—¿Y de eso vamos a escribir o qué nos toca hoy? —pregunté para volver a la realidad.

Lucía respondió:

—Yo tengo que escribir sobre un recital que se va a dar en la ciudad. Participan artistas que ni yo conozco, pero voy a fingir entusiasmo cultural.

—A mí lo de siempre —dijo Flor—.

Restaurantes recomendados que no probé.
Ser redactora gastronómica sin comer gratis debería ser ilegal.

—Podemos hacer un sindicato —propuso Fran—. Exigimos degustación obligatoria.

—¿Y a vos, Emi? —preguntó Lucía—. Venís escribiendo un montón.

Tomé un sorbo de café antes de responder.

—Me encargaron un artículo que abra debate. Algo controversial. Pero tengo la mente en

blanco. Blanco total. Ni siquiera blanco artístico. Blanco administrativo.

Fran me miró con atención.

—Te noto rara. ¿Querés que hablemos en el almuerzo?

—No me pasa nada —intenté esquivar—. Estoy aburrida. Todos los días la misma rutina, los mismos artículos. Necesito algo diferente. Pero no sé qué.

Flor sonrió con malicia.

—¿Algo como una aventura amorosa? Podemos pedirle a Alberto que te gestione una experiencia emocional intensiva.

—Por favor, Flor. No me arruines el café —respondí—. Además, Alberto está casado.

Fran intervino:

—¿Y quién dice que eso automáticamente lo convierte en malo?

Lucía levantó la vista de inmediato.

—Porque lo es.

—¿Siempre? —preguntó Fran—. ¿No creen que se puede amar a dos personas al mismo tiempo?

Y así empezó el debate.

—No —respondió Lucía sin dudar—. Podés sentir cosas por dos personas. Pero amar es otra cosa.

—¿Y cuál sería la diferencia? —preguntó Fran inclinándose hacia adelante—. ¿Cantidad de tiempo? ¿Nivel de compromiso? ¿O simplemente que nos enseñaron que tiene que ser uno?

La conversación se volvió más intensa, pero con una tensión casi intelectual.

Yo escuchaba. Hasta que Fran me miró.

—¿Y vos, Emi? ¿Qué pensás?

Respiré hondo.

—Creo que el amor no siempre se comporta como esperamos.

Lucía frunció el ceño.

—Eso suena a excusa.

—No. Suena a experiencia humana —
respondí—. No todo lo que sentimos encaja
en categorías prolijas.

—Si amas a dos personas, alguien va a salir
lastimado —insistió ella.

—Que algo lastime no lo convierte
automáticamente en inmoral —dijo Fran—. A
veces lastima porque no encaja en la
estructura que conocemos.

La discusión siguió creciendo.

—Para mí, el amor implica elegir —concluyó
Lucía.

—Y para mí, la exclusividad es una norma
social. El sentimiento no firma contratos —
respondió Fran.

Miré mi taza vacía.

—Tal vez el problema no sea amar a dos
personas. Tal vez el problema sea no saber
qué hacer cuando pasa.

Hubo un silencio.

Hasta que Flor, que no había participado
demasiado, intervino:

—Listo. Ahí tenés tu artículo. ¿Se puede amar a dos personas al mismo tiempo? Yo lo leo. Lo comparto. Y armo encuesta.

—Flor, ¿cómo voy a escribir de algo que ninguno de nosotros vivió?

—Eso nunca nos detuvo antes —dijo Fran—. Opinamos de política internacional sin salir del barrio.

Nos reímos.

—Voy a pensar —dije finalmente—. Ya se me va a ocurrir algo. Pero mientras tanto... ¿por qué no nos vamos a tomar unas copas después del trabajo? No por nada me pinté los labios de rojo.

Hice trompa exagerada mostrando el labial.

—Excelente —dijo Fran—. Reserva en el bar de siempre. A las seis cortamos todos. Si vamos a cuestionar que el amor es solamente unilateral, que sea con un trago en la mano.

Y el día cambió. Como cambian los temas cuando empezamos a acercarnos demasiado a algo que nadie quiere admitir. O que tal vez

ya vivió... pero todavía no se anima a confesar.

El día transcurrió normal, entre ruido de teclado, suspiros de frustración y risas dispersas. Por fin habían llegado las seis de la tarde. Ni un minuto antes, ni un minuto después, Fran gritó:

—¡Hora de ir al bar a seguir discutiendo!

Y, en automático, todos nos levantamos, apagamos la computadora y nos fuimos.

El bar quedaba a un par de cuerdas de la oficina y nunca estaba lleno. Solo tenía la cantidad justa de gente. Gente que, en su mayoría, ya nos resultaba conocida. Porque hasta ahí llegaba la rutina.

Nos sentamos en la mesa seis, la de siempre. Y todos pedimos los mismos tragos. Porque si había algo que ya no íbamos a hacer como adultos responsables era mezclar bebidas. Esa etapa había quedado oficialmente archivada en la adolescencia.

Fran levantó la copa apenas nos sentamos.

—Brindemos por algo importante.

—¿Por qué? —preguntó Flor—. ¿Te ascendieron a jefe de chismes y lo tenías guardado?

—Casi. Me enteré de que Alberto se pidió el día libre mañana. Eso significa: escándalo confirmado.

Lucía negó con la cabeza.

—No puedo creer que tu fuente de entretenimiento sea la desgracia ajena.

—No es desgracia —respondió Fran—. Es narrativa en tiempo real. Adrenalina al instante.

Nos reímos.

El mozo repuso nuestras copas. Yo había pedido un gin tonic, como siempre. Flor me miró de repente.

—Tengo que decirte algo, Emi. Ese vestido azul fue una decisión valiente.

—Gracias. Estoy experimentando con la rebeldía textil.

—Se nota —dijo Fran—. Estás a un paso de tatuarte una frase en latín.

—Ni loca. Bastante tengo con mis crisis
existenciales de aburrimiento diario.

Lucía dio un pequeño sorbo a su cerveza.

—Igual estás distinta hoy.

—¿Distinta bien? ¿O distinta tipo “algo va a
explotar”?

—Distinta... inquieta —dijo, observándome.

Me encogí de hombros.

—Estoy aburrida.

—Eso ya lo sabemos —respondió Flor—. Lo
dijiste como tres veces hoy.

—Es que lo estoy. Es como si todo estuviera...
demasiado armado. Demasiado previsible.

Fran apoyó los codos en la mesa.

—La previsibilidad no es mala. Es estabilidad.

—Sí, pero cuando todo es estable, nada se
mueve —respondí sin pensarlo demasiado.

Lucía me miró fijo.

—¿Querés que algo se mueva o querés romper
algo?

Se hizo un silencio en la mesa. Expectante.
Fran levantó una ceja.

—Esa pregunta es peligrosa.

Flor intervino rápido:

—Podemos romper algo chiquito. Cambiamos de bar. Cambiamos la rutina. Vamos a karaoke. Fran canta y te aseguro que nos olvidamos de nuestros problemas.

—Mi voz está declarada patrimonio cultural —dijo Fran—. Es más, Lucía va a tener que escribir un artículo sobre esto.

—Sí, sobre cultura en decadencia —respondió ella.

Volvimos a reírnos. Yo, mientras tanto, giraba la copa entre los dedos.

—¿Nunca sintieron que están viviendo en automático? —pregunté.

—Yo siento que trabajo en automático —dijo Lucía—. Pero mi vida... no sé.

—Yo sí —dijo Fran—. Pero el automático me paga el alquiler, así que no lo cuestiono demasiado.

Flor me miró con esa cara de “hablá”.

—Emi, ¿qué es lo que realmente te molesta?

Respiré hondo.

—Que sé exactamente cómo va a ser mi semana. Y la siguiente. Y la siguiente. Y eso me da más miedo que cualquier cambio.

Nadie habló. La música apenas se escuchaba de fondo.

—¿Y qué harías si no tuvieras miedo? — preguntó Lucía.

Miré alrededor. El mismo bar. Las mismas mesas. Las mismas caras. El mismo barrio. Todo familiar. Todo cómodo.

Demasiado cómodo.

—Me iría —dije casi en un susurro.

—¿A tu casa? —preguntó Fran.

—No. Me iría de la ciudad.

Silencio otra vez. Pero esta vez, real.

Flor apoyó la copa sobre la mesa.

—¿Estás hablando en serio?

—No sé —respondí, aunque en el fondo sabía que sí—. O sea... ¿por qué no? No tengo nada que me ate realmente. Trabajo puedo conseguir en otro lado. O pedir cambio a redacción turística —sé que hay un puesto vacante y viajan a diferentes ciudades—. Siempre quise vivir en otra ciudad, aunque sea un tiempo.

Fran me miró con esa mezcla de sorpresa y análisis.

—¿Esto es el gin tonic hablando o sos vos?

—Soy yo. El gin solo está acompañando.

Lucía se inclinó hacia adelante.

—¿Desde cuándo lo estás pensando?

Me quedé callada un segundo.

—Creo que siempre lo pensé. Solo que nunca me animé a decirlo en voz alta. Porque sé que si lo decía... se iba a convertir en algo real.

Flor sonrió, pero esta vez sin ironía.

—Bueno. Ya lo dijiste.

Sentí algo extraño. No miedo. Más bien una especie de alivio. Como cuando finalmente admitís algo que venías negando hace años.

—Si me quedo, sé exactamente cómo va a ser mi vida —continué—. No está mal... pero tampoco me emociona.

Fran apoyó la espalda en la silla.

—¿Y qué te emociona?

—No saber.

Lucía asintió lentamente.

—Eso es peligroso.

—Lo sé.

Flor levantó su copa.

—Yo digo que brindemos por las decisiones impulsivas con potencial épico.

—No es impulsiva —dije—. Es... necesaria.

Y en ese momento lo supe.

No era una fantasía de bar.

No era dramatismo de jueves.

No era aburrimiento pasajero.

Era decisión.

Me iba a ir.

No sabía cuándo. No sabía a dónde. No sabía cómo iba a explicarlo en el trabajo ni cómo iba a encontrar departamento en otra ciudad. No sabía si iba a extrañar el puesto de diarios de Jorge.

Pero lo iba a hacer.

Fran chocó su copa con la mía.

—Bueno. Si te vas, por lo menos avisá. Así tengo tiempo de organizar un discurso dramático.

—Y de reclamar el vestido azul como patrimonio histórico —agregó Flor.

Lucía me miró más seria.

—Si lo hacés, hacelo de verdad. No como amenaza existencial.

La miré.

—Lo voy a hacer de verdad.

Y por primera vez en mucho tiempo, la idea no me dio miedo.

Me dio vértigo.

Y eso —exactamente eso— era lo que estaba buscando.

2.

La decisión de cambiar de departamento dentro de redacción fue más fácil de lo que esperaba. Me habían dado el puesto vacante. Y también la ciudad a la que me mudaba: Barcelona.

Inicialmente iba a ser por tres meses. Tenía que recorrer la ciudad, hablar de su cultura, de los bares y restaurantes más famosos. Hacer los “top 10” de las cosas que no te podés perder. Básicamente, ser turista y escribir un blog. Completamente diferente a lo que venía haciendo, pero también exactamente lo que estaba buscando.

Los pasajes ya los tenía en mano. Me iba al día siguiente. Buscaba adrenalina, y la había encontrado.

Cuando terminé de hablar con el jefe de redacción, me acerqué al escritorio y les dije a mis compañeros:

—Bueno, lo prometí y lo cumplí. Me voy mañana a vivir tres meses a Barcelona.